

RICHELIEU Y EL DIOS MORTAL

*Conferencia del Dr. Vicente Massot
al incorporarse como académico de número a la
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
en sesión pública del 27 de abril de 2011*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de agosto de 2011.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2011 / 2012**

Presidente Académico Dr. JORGE REINALDO VANOSSI
Vicepresidente . . . Académico Dr. HUGO O. M. OBIGLIO
Secretario Académico Dr. FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Tesorero Académico Dr. CARLOS PEDRO BLAQUIER
Prosecretario . . . Académico Embajador CARLOS ORTIZ DE ROZAS
Protesorero Académico Ing. MANUEL SOLANET

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos A. FLORIA	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU	28-04-99	José de San Martín
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI.....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Sr. Jorge Emilio GALLARDO.....	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Carlos María BIDEGAIN

Dr. Miguel M. PADILLA

*Apertura del acto a cargo del
académico Presidente Jorge Reinaldo Vanossi*

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas se honra en incorporar como académico de número al Doctor Vicente Massot.

El discurso de presentación de nuestro nuevo miembro estará a cargo del académico Gregorio Badeni, y la disertación del recipiendario versará sobre el tema “Richelieu y el *Dios mortal*”.

Doctor Massot, en nombre de los miembros de nuestra Academia tengo la satisfacción particular de expresarle la más cordial bienvenida y nuestras sinceras felicitaciones, en la seguridad de que el éxito lo acompañará en la función académica que asume.

*Palabras de presentación a cargo
del académico Gregorio Badeni*

En la sesión pública de esta tarde se me ha discernido el alto honor de presentar al Doctor Vicente Gonzalo Massot con motivo de su incorporación como miembro de número de nuestra Academia.

Es un privilegio que acepto complacido, debido a la merecida distinción que le confirieron los integrantes de esta Entidad, por su profunda y constante labor en el ámbito de la Ciencia Política y la Historia, desplegada mediante una actividad interdependiente como analista político, docente universitario, publicista y funcionario público.

Corresponde destacar que el académico Massot fue designado por sus pares para ocupar el sitial cuyo patrono es Fray Justo santa maría de Oro. Sitial que dejó vacante una personalidad ilustre como es el Doctor Carlos María Bidegain, debido a su nombramiento como Académico Emérito de nuestra Corporación.

El ingreso de un nuevo miembro a nuestra Academia, al margen del reconocimiento que importa a su trayectoria científica y ética, siempre reviste un contenido positivo. Implica revitalizar a la Academia a través de la suma de los esfuerzos e ideas que aporta el nuevo académico, en el marco del pluralismo que ca-

racteriza a la labor de aquella. Cada miembro que se agrega a la Academia incorpora sus propios valores, su propia formación, sus propios ideales, su propia filosofía que contribuyen al enriquecimiento de una obra común.

Las Academias nacionales, por la propia razón de su existencia y la libertad responsable que impera en su labor científica, constituyen el hito más elevado de la escala cultural de un país. Conforman los organismos más adecuados e idóneos para fomentar la manifestación, el crecimiento y el progreso de las ciencias.

Nuestra Academia, en vísperas de sus 75 años, no fue forjada para satisfacer anhelos profesionales, sectoriales o de política agonal. Tampoco es un organismo destinado a la promoción individual o social de sus miembros. Su cometido dista de tales metas, por más legítimas que ellas sean. Su objeto se sintetiza en una finalidad claramente superior y trascendente: cultivar las ciencias morales y políticas en un nivel de máxima excelencia. Es un recinto de investigación seria, de estudios profundos, de colaboración interdisciplinaria e intercambio de ideas creativas, donde la acción intelectual se desenvuelve al margen de las presiones políticas o sectoriales.

Bernardo Houssay, nuestro recordado Premio Nobel y miembro de esta Entidad, proclamaba que la potencia, la jerarquía y el prestigio de una nación dependen del nivel científico de sus academias. Por su parte, Carlos Saavedra Lamas, también distinguido con el Premio Nobel e integrante de nuestra Academia, destacando la importancia social que presenta la labor académica, decía que ella, en algunas oportunidades, se realiza de forma ostensible, y en otras, de manera silenciosa, y que todas las academias nacionales son usinas de alta producción intelectual.

Lamentablemente, en algunos casos presenciamos cierta desconexión entre las academias y determinados sectores sociales. Desconexión que es fruto de la ignorancia y que acarrea la

reacción antiacadémica de quienes aspiran a manifestar al pueblo endiosando la figura del hombre mediocre que describiera José Ingenieros.

Sin embargo, en un mundo materialista, sin horizontes y despojado de toda metafísica, en el que se mezclan las fábulas falaces y la simple avidez, las Academias nacionales prosiguen rescatando los valores del espíritu que son los fundamentos de la vida de una nación.

Nuestro académico Horacio García Belsunce, destaca que para ser académico no es suficiente con la consideración de la sabiduría y de los conocimientos. A la dignidad intelectual debe añadirse la dignidad en la vida. El académico debe ser ejemplo de virtud y actuar siempre con señorío. En síntesis, para ser académico no basta el saber científico si está desprovisto de atributos humanos honorables. De manera que, alcanzar el nivel académico comporta una honrosa distinción, y por añadidura, el deber de proseguir ejerciendo la vocación científica con el mismo amor, dedicación y perseverancia con que lo ha sido hasta ese momento. Tal es el compromiso ineludible de todo académico, y tal es el compromiso que asume Vicente Massot.

Nuestro nuevo académico es Licenciado en Ciencias Políticas, egresado de la Universidad del Salvador, y obtuvo, en la Universidad Católica Argentina el título de Doctor en Ciencias Políticas.

Con particular dedicación ejerció y ejerce la docencia universitaria. Fue Profesor Titular en la Maestría de Ciencias del Estado en la Universidad del Centro de Estudios Macroeconómicos Argentinos (CEMA) y Profesor Titular de la Carrera de Grado de Ciencia Política en la materia “Historia Política Contemporánea”. Actualmente, es profesor Titular del Doctorado en Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina.

Desde su más temprana juventud, y mientras cursaba sus estudios en el colegio Saint Georges, comenzó a desarrollarse su

profunda pasión, su fascinación, por los estudios históricos. La historia es para Massot una fuente intelectual para la comprensión de los fenómenos políticos y un enfoque preferente para abordar el análisis político.

Aplicando ese enfoque a la situación política actual, con ciertos matices sociológicos y económicos, Massot considera que “En la Argentina existe la sensación, desconocida en otros países, de que nada nos es común: ni la idea de patria, ni los timbres de legitimidad conforme a los cuales se juzga al régimen de gobierno imperante, ni tampoco los fundamentos propios de la convivencia nacional. Ello ha impedido desde hace décadas, ponernos de acuerdo sobre unas pocas, pero fundamentales, políticas de estado. Lo que después de contiendas fratricidas o procesos marcados por odios ideológicos crónicos lograron dejar atrás los españoles y chilenos, entre nosotros ha sido imposible lograr”.

Esa conclusión, a la cual adherimos, probablemente sea consecuencia del olvido. En tal sentido, el académico Alberto Rodríguez Varela destaca que la tendencia a olvidar el pasado se ha acentuado en las últimas décadas, por obra del positivismo y el materialismo, que no solamente han relegado las enseñanzas de la Historia, sino que también el conocimiento de ella ha sido separado de la filosofía en detrimento de una genuina conciencia histórica.

Massot es un eximio conferencista. La expresión de sus ideas, frutos de su prolija investigación sobre temas políticos, históricos y económicos, ante calificados auditorios merecieron la ponderación de su inteligencia, lucidez así como también la claridad de sus disertaciones formuladas con un criterio realista.

Es autor de innumerables ensayos publicados en revistas especializadas y en diarios, tanto nacionales como provinciales. También es autor de más de una decena de libros, entre los cuales citamos: “Spengler, pensador de la decadencia”, “Max Weber y su

sombra. La polémica entre la religión y el capitalismo”, “Una tesis sobre Maquiavelo”, “Esparta. Un ensayo sobre el totalitarismo antiguo”, “El poder de lo fáctico”, “Matar y morir. La violencia política en la Argentina”, “La excepcionalidad argentina. Auge y ocaso de una Nación” y “Revolución. Mayo 1810”.

Como publicista se caracteriza por el dominio de los temas que aborda, por su estilo claro, conciso y expuesto en el lenguaje cotidiano, en la emisión de juicios de conocimiento con particular sensatez y franqueza. Este estilo muchas veces hace brotar la intolerancia de aquellos que no saben convivir en el disenso civilizado y que, en vez de rebatir los argumentos del autor, se ensañan con su persona.

Le asiste la razón a Massot cuando, ante tales reacciones, destaca que “como nuestra cultura cívica no está anclada en el respeto a las instituciones, sino en la tendencia a la acción directa, los conflictos tendemos a resolverlos ocupando los espacios públicos o privados, sin importarnos sus efectos secundarios”.

En todas sus obras existen amplio espacio de creatividad ejercida con plena libertad. A ella se refería nuestro académico Víctor Massuh cuando escribía que “la libertad creadora en su sentido argentino es voluntad, es acción, afirmación nacional, es vocación de arraigo, originalidad, espíritu de aventura, búsqueda de lo nuevo, ejercicio de innovación, afán de conquistar y no de pedir, de enfrentar adversidades y no rendirse ante ellas, intrépido empeño en no ser imitadores de valores ajenos sino forjadores de los propios”.

Es que esa libertad creadora nos permite llegar a la verdad y conocer la verdad nos brinda libertad. Así, nuestro académico decano Segundo V. Linares Quintana, próximo a cumplir 102 años de edad, nos enseña que no puede existir ciencia sin libertad y que la historia de la libertad es la historia de la civilización, que es fruto de la secular e ineludible lucha del ser humano por su libertad, dignidad y progreso.

En el momento de recibir los lauros académicos, es justo recordar que Vicente Massot ejerce la dirección del prestigioso diario *La Nueva Provincia*. Baluarte de la prensa independiente que, en más de una oportunidad, fue objeto de la violencia condenada por Vicente. Fundado por su bisabuelo en 1898, sucedió en el cargo a su madre Diana Julio de Massot. Distinguida periodista que ejerció la dirección desde 1956 cuando el diario fue restituido a su familia tras la incautación de que fue objeto, entre 1950 y 1955, y por el solo hecho de ejercer sin ataduras la libertad de prensa. Fue directora durante más de medio siglo contando, en los últimos años, con la invalorable colaboración de Vicente y de sus hermanos: Alejandro y nuestro recordado Federico.

Doctor Massot, su incorporación enriquece a esta Academia y nos honra al saldar una deuda hacia su persona y su obra. Al brindar el saludo oficial de recepción, ruego se compensen las deficiencias en que pude haber incurrido, con la alegría que experimentamos al darle la bienvenida.

RICHELIEU Y EL DIOS MORTAL

por el académico DR. VICENTE MASSOT

La frase: “No he tenido más enemigos que los del Estado”, que bien leída podría haber sido escrita por Tucídides en sus *Gueras del Peloponeso* o extraída de alguno de los capítulos de *El Príncipe*, no pertenece ni al magnífico historiador de la Grecia clásica ni tampoco al genial florentino. Antes al contrario, a un ministro de la Iglesia que, en punto a realismo, nada le envidiaba a aquellos. Con la particular coincidencia de que acusó siempre su mejor perfil no en la redacción de sesudos tratados para el uso de reyes, sino en el arte de gobernar estados y gentes.

En esas nueve palabras el cardenal de Richelieu sintetiza o, si se prefiere, compendia y resume más que un estilo de pensamiento, un orden de prioridades respecto de la política y del poder. La respuesta, de suyo lacónica, le fue hecha al vicario de San Eustaquio cuando, postrado en su lecho de enfermo y corroído por los males que lo llevarían a la tumba, se le preguntó si se arrepentía de sus pecados y si, en su condición de buen cristiano, perdonaba a sus enemigos. Se impone, entonces, analizar de manera rigurosa lo que trasparenta y, al propio tiempo, lo que esconde una frase

enigmática, pronunciada sin rescoldos por un purpurado católico, en una instancia decisiva de la vida de cualquier creyente.

Richelieu no fue nunca un improvisado en materia teológica y si bien hay razones fundadas para suponer que en sus años mozos lo atrajo más la carrera militar –su gran vocación, dicho sea de paso–, una vez consagrado al sacerdocio aprendió pronto y bien sus latines abaciales. No podía ignorar cuánto significaba confesarse ante la última unción y, así y todo, las palabras del cardenal se inscriben dentro de la esfera de lo público-estatal, prestándole ninguna atención al interrogante del sacerdote cuyo propósito –no se necesita explicarlo– era facilitarle la salvación del alma. El prelado no le planteaba esa posibilidad al todopoderoso ministro del reino sino a Armand Jean du Plessis de Richelieu, siervo y servido del Dios cristiano, que apenas si sintió comezón en reconocer sus pecados. Y no es que le haya opuesto desmedido orgullo a la demanda que se le hacía. Sencillamente respondió como un hombre de Estado.

¿Qué razón movía al moribundo para esquivar la instancia religiosa y mantenerse firme en los territorios de la política? Nunca lo sabremos a ciencia cierta pero como no es pertinente toparse con el personaje sin admirarlo y no resulta aconsejable estudiar su paso por la historia sin interpretarlo, vayamos a cuentas.

Cualquiera que se haya tomado el trabajo de leer, siquiera sea a vuelo de pájaro, sus instrucciones a los curas, sus ensayos filosóficos o aquellos dirigidos a demostrar el *método más fácil y más seguro para convertir a quienes se han separado de la Iglesia*, se dará cuenta de que la suya era una fe sólida y su piedad, absolutamente auténtica. No existen motivos, pues, para dudar de su sinceridad cuando sostiene: “El amor y la presencia de Dios son los dos motivos más poderosos que pueden impulsar al hombre a purgarse del pecado”. Sin embargo, delante de la muerte, el cardenal cedió ante el hombre público. ¿Suponía, acaso, que sus faltas

personales eran insignificantes ante los ojos de Dios y que, respecto de las decisiones que podían enrostrársele durante su extensa gestión a cargo de los destinos galos (1624-1642), de nada tenía que arrepentirse porque sus enemigos habían sido los del Estado, cuyos fueros debía defender? Consciente de que su trayectoria se confundía con la de Francia, su respuesta resultó la de un estadista, no la de una persona piadosa. Una cosa era dedicarse a echar buenaventuras; otra administrar la política de un reino.

Comencemos con una distinción no siempre reconocida. La amistad es, de ordinario, un concepto aplicable a las relaciones que entablan las personas entre sí. La enemistad, en cambio, importa, salvo en casos excepcionales, un principio que se acomoda mejor a las tensiones propias de los Estados, naciones, factores de poder, grupos de presión y fuerzas de distinta índole que persiguen un objetivo estrictamente político. Es cierto que puede haber enemistad entre dos o más individuos, aunque no es usual. A menos, claro, que la confundamos con el desprecio, la cólera, la antipatía o, inclusive, el odio. El amigo siempre resulta entrañable por su bondad moral, característica extraña a la política donde las relaciones de hostilidad son uno de sus fundamentos naturales.

Cuanto hizo el cardenal-ministro a punto de dejar este mundo no fue acotar con zorrería el verdadero alcance de la pregunta que le extendió el padre de San Eustaquio. En realidad la respuesta tenía relación directa con una de las sentencias de mayor agudeza y profundidad que se pueden leer en su *Testamento* político: “El hombre, escribe allí, es inmortal y su salvación está en el más allá. El Estado no es inmortal; su salvación es ahora y acá o nunca”. De donde se sigue que no corresponde juzgar a uno y a otro con igual rasero. Así como la política se desenvuelve en el espacio de lo particular y contingente y se vertebra sobre el doble eje de la prudencia-imprudencia y de la eficacia-ineficacia, las unidades susceptibles de agotar el género comunitario –llámense Polis, Imperios, reinos o Estados– se justifican por su existencia. En virtud

de lo dicho, los valedores del realismo prefieren tener por bueno lo eficaz a por malo lo excesivo.

A Richelieu le había conferido Luis XIII el privilegio y, sobre todo, la responsabilidad que le iba aneja de concentrar en sus manos el diseño y ejecución de la política real, nada menos. A partir de ese instante se dedicó a servir también a otro Dios, distinto del que había aprendido a adorar desde pequeño, y al que se había consagrado cuando entró al seminario y terminó tomando los hábitos. Éste, sin mengua del Altísimo, era un *Dios Mortal* del cual, en Francia, fue él, en buena medida, su fundador: el Estado moderno.

Poco de lo que caracteriza al Estado tenía alguna envergadura o siquiera existía antes de asumir el cardenal sus funciones. No había nada que se pareciese ni remotamente a un sistema impositivo regular y obligatorio. El gobierno se financiaba con recursos excepcionales, fuera de los viejos tributos feudales y los preventivos de las propiedades de la corona. Tampoco hubiese sido dable hallar unas fuerzas armadas permanentes. Cuando se las necesitaba se las reclutaba mediante levas. En cuanto a la justicia y a la administración, no dependían directamente del ejecutivo. Fue Armand du Plessis quien puso en cabeza de los Intendentes y en desmedro de los nobles y de los gobernadores provinciales –que hasta su ascensión al poder eran autoridades con una gran autonomía– el manejo de las cuestiones contables. Donde Carlos I de Inglaterra se había estrellado contra la ceguera de la oligarquía nobiliaria en su intención de recabar el *ship-money*, Richelieu triunfó. Es que logró imponer un sistema impositivo –recusado por los grandes señores y los pequeños propietarios– forzoso, racional y calculable que, a la larga, explica por qué transmitió a sus sucesores, como heredad, la nación más poderosa del mundo.

No menor resultó su decisión –similar a la de Temístocles a la hora de enfrentar al Gran Persa y a la de Escipión delante de Cartago– de dotar a Francia de una armada y, años después, de un

ejército cuyos soldados no se enrolasen en calidad de mercenarios contratados a la disparada, y desbandados, las más de las veces de manera caótica, al perder sentido sus servicios. Richelieu creyó necesario forjar un instrumento militar no para la paz sino que existiese también en épocas de paz. Esto en razón de que entendió, mejor que ninguno de sus pares con los cuales dirimió supremacías por espacio de décadas, en los más diversos teatros bélicos del viejo continente –el Conde Duque de Olivares y Gustavo Adolfo, Fernando II y Felipe IV– que cualquier paz, por bien fundada que luzca, en sus penétrales esconde, aunque sea mitigado, a un enemigo al acecho; y que, como los Estados carecen de amigos y en todo caso tienen aliados que pueden o no ser circunstanciales e intereses permanentes que defender, los ejércitos no deben ser estructuras pasajeras. La paz –tal cual la entendía el cardenal– nunca podía ser perpetua. Mero equilibrio de enemistades, quedaría siempre sujeta a las alteraciones propias de las potencias subidas al escenario del siglo XVII.

En tamaña empresa –la forja del Estado– no cometió el error de considerar que, en consonancia con el poder omnímodo que reivindicó a expensas de quienes intentaron resistir sus órdenes, se podían deshacer instituciones seculares de un plumazo. Ello explica su respeto a la nobleza de toga aun cuando no se compadecía con la unidad estatal, y a los Parlamentos, instituciones legales cuya potestad de negarse al cumplimiento de los edictos del rey, lo sublevaba. Como buen realista era consciente de que no podía inventarse la realidad. Convenía aceptarla y aprender a servirse de la misma.

Que con anterioridad a su irrupción, no hubiese, estrictamente hablando, Estado, está lejos de suponer que reinara el caos. El Estado moderno no surgió para remediar un desorden previo sino como una forma más, de las muchas que han existido, cuyo cometido es reordenar el espacio político conforme a nuevos presupuestos. Su construcción, por parte del cardenal, fue posible tras

una larga disputa entre los reclamos centrípetos del *Dios Mortal* y las libertades centrífugas de señoríos, burgos, universidades y corporaciones. El Estado cincelado como una obra de arte –tomo la frase de Jacob Burckhardt en “La Cultura del Renacimiento en Italia”– importó el montaje de una máquina burocrática centralizada capaz de recortar la frondosidad de los poderes preexistentes.

Francia había ido amontonando sobre sus hombros un poderoso conjunto de enemigos internos y extranjeros, cuyos propósitos –hartos conocidos– obligaron a ponerse en guardia al monarca y a su ministro. En esa Europa sacudida por las disputas religiosas y las apetencias dinásticas y geopolíticas de tantas monarquías, las que se recortaban en el horizonte eran fuerzas en pugna, no ángeles de un lado y demonios del otro. No había guerras legítimas que pelear sencillamente porque la legitimidad de una determinada causa es solo una fórmula de justificación. Ninguna empresa ha valido más en la historia sino por contar con mejores propagandistas, obtener mayores victorias y tener la suerte de su lado. Cada bando proclama su propia inocencia y bondad de fines y carga a su contrario con todas las culpas.

De haber escogido el rey, católico a ultranza, y su brazo derecho, un cardenal de la iglesia romana, defender la unidad religiosa de Europa, sus aliados hubieran sido la Casa de Austria –a la sazón, cabeza del Imperio– y la monarquía española. Si la cuestión que tuvieron entre manos hubiese sido el combate contra la herejía y el restablecimiento de la catolicidad, los Habsburgo y Luis XIII habrían formalizado una alianza estratégica capaz de barrer al calvinismo de Holanda y de disciplinar a los reinos alemanes y a los enclaves eslavos ganados por la Reforma. Pero en ese momento Francia hacía las veces del *jamón del sándwich*, metáfora utilizada por el príncipe Bismarck para definir, doscientos años más tarde, su posición entre París y San Petersburgo si estallaba una guerra en dos frentes. Por un lado lindaba la Galia con los españoles y del otro con los dominios del emperador austríaco, siendo que los

reyes de una y otra rama de la misma casa dinástica eran primos hermanos y no tenían intereses contrapuestos. El uno señoreaba sobre las Alemanias y buena parte de la Europa oriental. El otro gobernaba las Américas, la península ibérica, media Italia y una parte de los Países Bajos.

Francia, en cambio, estaba encerrada y solo los Alpes le daban un mínimo respiro. De haber secundado el plan de las potencias católicas, nunca hubiera podido descontar, aun revistando en el bando vencedor, su desventaja frente a aquellas unidades políticas que le superaban en población, recursos y ejércitos. La estrategia de Richelieu, o sea, la del monarca, pues de lo contrario no habría tenido posibilidades de transformarse en política de estado-consistente en privilegiar la unidad del reino, a la restauración de la *verdadera religión*, fue producto no de una merma de su fe sino de una concepción distinta de la hasta entonces vigente respecto de las relaciones entre la defensa del catolicismo continental y la conveniencia del *Dios Mortal*.

No es que se hayan negado a secundar los planes de los Habsburgos en armas por estar bien hallados entre sus nuevos amigos protestantes. Rey y cardenal carecían de amigos. Eso sí, escogieron con cuidado sus aliados y pensaron en la robustez del Estado y no en la de las almas europeas, misión que nadie les había encomendado. En el más acá y no en el más allá. En un orden físico de hierro y no en uno metafísico de silogismos. Si el poderío español, consolidado en la península y en el norte de Italia, lograba hacer pie en los Países Bajos y, a su vez, el emperador austríaco reconquistaba a sus díscolos súbditos alemanes y checos, la suerte de Francia estaría echada. Con los mejores tercios del mundo dueños de los Pirineos, el Franco Condado y las llanuras de Flandes, y las tropas imperiales acampando en la Europa central, su derrota era cuestión de tiempo. El intento de reestablecer el catolicismo a escala europea representaba una amenaza formidable para la seguridad francesa como consecuencia de que los Habsburgo

arrastraban un propósito de dominación ajeno al protestantismo. Al menos, hasta el surgimiento de Gustavo Adolfo.

No se crea, con todo, que los problemas derivados del factor religioso se circunscribían al plano de la política exterior. En Francia y en el Imperio, el conflicto de puertas para adentro que separaba, desde el estallido de la Reforma, a católicos y protestantes, era también un factor de desunión constante. Cuanto los príncipes alemanes del norte, en su mayoría de confesión luterana, significaban para Fernando II, los hugonotes lo representaban para Luis XIII. Solo que la solución que halló el cardenal fue por completo distinta a la que puso en marcha y lo llevó al fracaso al emperador. Y no porque aquél se hubiese rendido a las exigencias calvinistas mientras éste saliese derrotado sin abdicar de sus creencias. El austríaco había declarado, siendo todavía archiduque, que preferiría morir antes que hacerle concesiones a los sectarios. Richelieu, inversamente, se hallaba dispuesto a mantener algunos de los privilegios derivados del Edicto de Nantes a condición de poner fin al poder público de los disidentes.

A Fernando se le presentó una oportunidad que nunca tuvo el francés. Después de haber guerreado, con resultados inciertos, por espacio de una década, poco más o menos, en el año de 1629 sus enemigos solicitaron una tregua y decidieron subordinarse al dominio imperial en tanto y en cuanto se aceptase la libertad religiosa y se les permitiese mantener las tierras tomadas a la iglesia católica. La respuesta de Fernando fue el Edicto de Restitución que conminaba a devolver esas propiedades.

El caso francés resultó diferente. Luego de su conversión, Enrique IV apenas había logrado una tregua, de hecho transitoria, en la guerra a muerte entablada entre el bando católico y el partido hugonote. La paz había dejado insatisfechos a los beligerantes y, a la vez, con la capacidad suficiente para reiniciar las hostilidades a la primera de cambios. No eran peleas de campanario ni había reyzelos de taifas. Tanto calado tenía la rebelión que el carde-

nal, con razón, imaginó la amenaza hugonota de una importancia semejante a la de los Habsburgos.

La contienda política de esos dos poderes arraigados en el mismo reino excedía con creces su dimensión teológica. Sin dar de lado con las componentes religiosas que arrastraba el pleito, frente al tema de la unidad nacional y de la autoridad del Estado, las demás cuestiones quedaban orilladas. Como el *Dios Mortal* no podía tolerar el derecho a la resistencia interna, Richelieu no desarrolló un plan con el objeto de erradicar lo que, a falta de mejor término, cabría denominar la conciencia privada de la herejía sino para disciplinar y reducir a la unidad la rebelión recurrente del partido protestante como factor de poder.

El centro de eso que, en su *Testamento*, denominó “un Estado dentro del Estado”, era la fortaleza de La Rochelle. Ciudad puerto amurallada, famosa por sus corsarios y sus defensas capaces de soportar largos asedios, se la consideraba inexpugnable. Desde el punto de vista geoestratégico, su ubicación representaba un peligro en la medida que podía recibir la ayuda de Inglaterra y de Holanda ni bien se alzase de manera abierta contra Luis XIII y diese vuelo a sus aspiraciones independentistas. No solo eso. Era una espina clavada en el riñón del reino por las libertades de las cuales gozaba y la autonomía de la que hacía ostentación a despecho de París: podía comerciar con potencias enemigas y sus habitantes se ufanaban de su espíritu republicano, refractario a cualquier reivindicación del derecho soberano de los reyes. Más aún, en el decreto del 30 de abril de 1598, que siguió al célebre edicto de Nantes, se le había garantizado a los protestantes 147 “lugares de seguridad” que podían defender con sus propios ejércitos.

La Rochelle era el monumento emblemático de un credo convertido en poder enemigo de Francia. Sus prerrogativas, pues, resultaban incompatibles con las del reino en virtud de que no resulta concebible, ni siquiera como ser de razón, un Estado refractario a dictar sentencias y a levantar cadalsos contra los parti-

culares que pretendan apropiarse de la facultad, inherente al *Dios Mortal*, de aplicar la violencia. La sola posibilidad de que al partido hugonote se le hubiera permitido —como sujeto de derecho— hacer uso de la fuerza pública por fuera del Estado, representaba una anomalía inaudita.

En La Rochelle se llevaban a cabo los sínodos más importantes de los reformados y hasta el mismísimo rey sólo era admitido dentro de su perímetro si antes había jurado solemnemente, sobre los santos evangelios, respetar los derechos adquiridos y las libertades de sus habitantes. Oligárquica en la constitución de su gobierno y abiertamente anticatólica representaba, por su importancia, el centro de la sedición.

En el caso de vencer, Francia se hubiese desmembrado a perpetuidad. Es que la Fronda aristocrática de raíz calvinista pretendía más que la reivindicación de unos mandamientos religiosos, la independencia. Desde antiguo la ciudad se había opuesto a la política monárquica en diversas materias y, sintiéndose fuerte, se enancó en las diferencias de credo para alentar la idea de que podía negociar con el rey en calidad de par. Celosos de los derechos que le habían sido conferidos y confiados en su presunta invulnerabilidad, los hugonotes forzaron la guerra. La crisis no escaló, en este caso, por un error de cálculo sino por la voluntad manifiesta de uno de los contendientes.

No estaba escrito que las armas de la corona debían batir a los facciosos, forzar sus defensas y reducir a la obediencia a un bastión que, aun peleando hasta el último hombre, se rindió ante el genio de un cardenal dispuesto a impedir que la revuelta cundiera como reguero de pólvora y se extendiera a toda la región del Mediodía. Eso hubiera ocurrido de haber triunfado la flota que, al mando de Buckingham, envió el soberano inglés en apoyo de los rebeldes. La capitulación de La Rochelle, obra maestra de la estrategia militar de Richelieu, dejó a los puritanos en raso, desprovistos de cualquier ayuda, y cerró así la posibilidad de una nueva guerra civil.

La *gracia* que le concedió el monarca a los sobrevivientes –no más de 6000– distó de ser uno de esos *diktats* con cláusulas de cumplimiento imposible. No hubo venganza real ni transparentaron las imposiciones de la corte un espíritu de revancha a expensas de quienes, por espacios de décadas, habían recusado la soberanía regia. La amnistía que se les extendió fue casi general y el culto protestante no fue abolido tanto como tolerado, ahora en igualdad de condiciones con el católico. Todos los privilegios de la ciudad cesaron de existir. No así sus fortificaciones que Luis, como demostración de su poder, deseaba reducir a escombros, y Richelieu conservar pensando que la influencia hugonota era parte de la historia, pero que la ciudad podía transformarse en un inmejorable baluarte a los fines de defender en el Atlántico los intereses marítimos de Francia. En su *Testamento político* escribió: “Por la ventajosa situación de sus dos costas igualmente provistas de excelentes puertos en dos mares, el océano y el mediterráneo, parecería que la naturaleza ha querido ofrecer el imperio del mar a Francia”.

Probaba de esta manera el cardenal que había dirigido en persona y con maestría las operaciones militares, su doble condición de conductor estratégico del ejército sitiador y primer hombre de estado del reino, algo inusual en la historia de su tiempo. Inflexible a la hora de vencer la resistencia de un enclave que desafiaba la integridad territorial francesa, no demostró crueldad ninguna al momento de aconsejar a su rey el trato que convenía otorgarle a los vencidos. Como guía de la corona su propósito se redujo a acallar la sedición. Las convicciones privadas de los hugonotes le tenían sin cuidado. Los resultados, para él, eran más importantes que las razones de la guerra. Porque, en definitiva, las contiendas estallan por causas que vienen del pasado, aunque se pelean para dar solución a problemas futuros. El origen religioso que, en definitiva, explicaba las guerras civiles de ese tiempo, representaba el pasado. El futuro era la unidad definitiva del reino.

No fue, precisamente, en virtud de la ofensiva que enderezó en 1629 contra La Rochelle, a la cual rindió para siempre, que Richelieu recibió de sus enemigos católicos el mote de “cardenal de los hugonotes”. La razón de tamaño sobrenombre, que podría sonar extraño si se considera la campaña antes mencionada y su triunfo de la rebeldía incubada tras esas murallas poderosas, tuvo que ver con la política europea y la diplomacia que desplegó de cara al Imperio de Fernando y de la monarquía de Felipe IV.

Desde antes del sitio de La Rochelle y después de haber cortado de raíz la amenaza que representaba, Richelieu reivindicó como propósito fundamental de su gestión neutralizar, hasta donde fuese posible, la expansión española, y en ese orden de cosas resultaba fundamental impedir la unión de los ejércitos del emperador con los tercios hispánicos. Sabiéndose en inferioridad de condiciones frente a sus dos enemigos, mantuvo, entre 1624 y 1635, una neutralidad formal. Absteniéndose de mover hostilidades abiertas contra Viena o Madrid apoyó por líneas interiores, sin proclamarlo ni hacerlo evidente, a las potencias protestantes. Esa prescindencia, indirectamente beligerante, puso en evidencia las prioridades estratégicas del cardenal.

Richelieu comprendió, como pocos, lo que significaba la aparición de una nueva realidad en Europa frente al cual la Contrarreforma solo podía oponerle paliativos; nunca borrarla de la faz de la tierra. Los valores nacionales, fundidos y confundidos con las confesiones de cuño protestante habían echado, a más de un siglo de la aparición de Martín Lutero, hondas raíces, sembrando un grupo de aluvión. La revuelta en los Países Bajos, que los mejores generales de Carlos V y Felipe II no habían podido sofocar, y las rebeliones recurrentes de los grandes barones del luteranismo en Alemania, eran una evidencia sin vuelta atrás. Quizás, de haber nacido un siglo antes, otra hubiera sido su posición. A esa altura de la contienda su prioridad absoluta era el afianzamiento de la monarquía francesa y si en su beneficio correspondía tejer una

alianza con los protestantes no sería el cardenal quien retrocedería espantado.

Alguna vez había dicho –sin corregir después, siquiera en un pormenor, su íntima convicción– que “se habrían remediado muchas desgracias y desórdenes si se hubiese hecho encarcelar a Lutero y a Calvino cuando comenzaron a sentar dogma”. Le faltó aclarar, aunque era innecesario: ahora ya es tarde. En una palabra, para prevenir una crisis es menester haber acertado en su detección temprana. En correspondencia con este criterio fue que no le hizo ascos a Gustavo Adolfo, cuyo genio militar iba de la mano de un encendido luteranismo. El rey sueco necesitaba dinero para sufragar el abultado costo de sus campañas y en vano esperó que honrasen sus promesas de ayuda Dinamarca y Carlos I. Su única posibilidad de obtener subsidios estaba en Francia. Ocurrió entonces un hecho paradójico si se lo analiza en términos religiosos pero natural si el criterio para juzgarlo es el interés puro y duro de las partes.

Gustavo Adolfo era el único en condiciones de poner freno al emperador Fernando cuyos ejércitos, al mando de dos capitanes de la envergadura de Wallenstein y Tilly, dominaban el Palatinado. Afianzado el poder católico en Baviera, renacía la posibilidad de un Estado alemán bajo su mando. Richelieu, a su vez, resultaba el único que podía darle el dinero, verdadero nervio de la guerra, sin el cual la capacidad militar del nórdico no habría podido probarse en su real dimensión. Sin embargo, los planes del cardenal y del monarca sueco no rimaban del todo. Es cierto, coincidían en principio respecto del enemigo a batir, mas allí acababan las razones que explicaban la alianza y se agigantaban las diferencias que se hicieron visibles cuando los suecos, el 17 de septiembre de 1631, literalmente diezmaron en las cercanías de Leipzig a las tropas del conde Tilly. En la batalla de *Breitenfeld* el principal ejército del Emperador desapareció del mapa y el jefe nórdico amenazó con poner patas para arriba la entera armazón del Imperio.

Al sellar la alianza, el luterano, tras recibir cinco toneles de oro, aceptó, al menos de palabra y ciertamente contra sus creencias más íntimas, proteger la misa romana allí donde se hallase arraigada y respetar el catolicismo bávaro. Ello demuestra los alcances que, a la campaña a punto de iniciarse, pretendía darle Richelieu. Solo que su *aliado* no pensaba lo mismo. Convencido de que su misión consistía en implantar el credo reformista, se desentendió de cualquier compromiso previamente contraído y violó sistemáticamente las cláusulas que lo unían a Francia. Por una vez el cardenal había hecho las veces de un aprendiz de brujo y despertado fuerzas imposibles de controlar. Los acontecimientos tomaron entonces un derrotero peligroso. Le había pagado al sueco para sofrenar a la Liga Católica, no para incendiar un continente. Pero, claro, las guerras –según la enseñanza de Clausewitz– nunca acaban donde las planifican sus responsables.

Por lo expuesto rechazó el cardenal el ofrecimiento que, en calidad de par y no ya de subordinado, se permitió formularle Gustavo Adolfo cuando parecía que, a caballo de sus fulminantes éxitos militares, iba a cambiar el mapa de Europa. La proposición que fue objeto de una célebre reunión del Consejo del reino, el 6 de enero de 1632, de haber sido aceptada casi seguramente hubiera puesto punto final a la Guerra de los Treinta Años. Francia se quedaría con la orilla izquierda del Rin, el Franco Condado, Alsacia, Luxemburgo y el Mosela inferior. De su lado, el rey sueco pedía libertad para avanzar a sangre y fuego sobre el resto de Alemania con el objeto de imponer el protestantismo. No dudó la eminencia gris de Richelieu, el Padre José, en rechazar sin apelación la oferta aduciendo que era distinto combatir al Imperio y a España, para salvaguardar la seguridad francesa, que ser responsable del aniquilamiento de buena parte de la catolicidad europea. Luego de repasar la cuestión toda una noche, en esquivo apartamiento, el 7 de enero el mal llamado “cardenal de los hugonotes” le cerró el paso a Gustavo Adolfo rechazando cuanto este le cedía en bandeja de plata.

La culminación del asunto, no obstante, esperó hasta finales de ese año crítico. Aquel no había abandonado sus planes ofensivos, y los reparos que le movió Richelieu no le impidieron seguir adelante. Enfrentado a Wallenstein, que había reconstruido su ejército, cayó herido de muerte tras sostener una batalla cerca de la aldea de Lützen. Ese accidente vino a interrumpir el plan más ambicioso del luteranismo. La estrategia protestante tanto como la de Fernando perdieron fuelle y ambas terminaron aceptando, tácitamente, que no habría ni una monarquía católica alemana gobernada desde Viena ni tampoco una *capitis diminutio* definitiva del poder de los Habsburgo.

La desaparición providencial de Gustavo Adolfo que, de triunfar, hubiese constituido en la Europa Central una amenaza aun mayor que la del Imperio, dejó exhausto a Fernando II aunque intacto el poderío español. Es más, sus famosos tercios, todavía invictos, habían decidido a favor del Emperador la batalla de *Nordlingen*. Si la estrategia europea del cardenal sólo hubiera tenido en cuenta a la Casa de Austria, Francia no habría necesitado declarar la guerra. Herida como estaba no representaba un peligro para los intereses galos. España era otra cosa. Contaba con una marina todavía superior a la francesa; su infantería, desde los tiempos de Gonzalo de Córdoba pasando por Juan de Austria y Alejandro Farnesio, Duque de Parma, eran temibles; tenía el oro americano suficiente para pagar las campañas en suelo europeo; sus fuertes rodeaban al reino de Luis y recibía el apoyo, por momentos indisoluble, de un partido que, en la corte de París, formaban la Reina, Ana de Austria; Monsieur, hermano del Rey y todos los que, por distintas razones, odiaban al cardenal. Como contrapartida carecía de una administración civil eficiente y no estaba unificada ni en materia fiscal ni en punto a su aparato de defensa. Francia, de su parte, acreditaba una hacienda mucho mejor ordenada que la peninsular, a la cual sumaba la capacidad de su primer ministro, hombre de estado consumado y estratega militar de fuste.

Si hasta ese año de 1635 Richelieu había podido vascular entre sus enemigos sin necesidad de enredarse en una contienda para la que no estaba debidamente preparado, a partir de la hostilidad abierta con España debió formar el ejército francés de la nada. Solo un hombre de su genio emprendedor y celo administrativo pudo obrar ese verdadero milagro que, años más tarde, pondría fin al ciclo victorioso de los españoles en Rocroi. En esa lucha se cruzó con el único político que podía comparársele: el Conde Duque de Olivares.

Felipe IV era un joven sin experiencia cuando se hizo cargo de los destinos de España. Más interesado en el cultivo de las artes y en divertirse con apenas veinte años a cuestas, delegó el cuidado de cuanto heredara en quien, a partir de entonces, sería el artífice de la política hispánica: un conde duque que en perseverancia, agudeza de cálculo y vocación de poder nada le envidiaba a Richelieu. Las circunstancias en las cuales les tocó desenvolverse, inicialmente parecieron más favorables al peninsular que al francés merced a que, en su tierra, no había existido una guerra civil religiosa de las características de las de otros reinos europeos, incluido el de Francia. En cuanto al plano exterior, cualquiera que hubiera analizado la relación de fuerzas desplegadas de Lisboa a Viena y de los Países Bajos a Nápoles, hubiese concluido que la alianza de la Casa de Austria y de las Españas era de lejos más poderosa que la monarquía de Luis.

A la larga salió vencedor, sin embargo, el que, en teoría al menos, llevaba las de perder no por ser menos talentoso que su oponente, sino por poseer menos recursos. La explicación de ese resultado tuvo que ver con la excepcional capacidad de Richelieu para modelar una nueva época. Lo superó a Olivares en tanto y en cuanto comprendió, con mayor agudeza que el conde duque, que la empresa en la cual debía empeñarse no era la Contrarreforma sino la consolidación del Estado francés. Se adelantó a su tiempo que coincidió, para desgracia de Olivares, con el rechazo de los

reinos españoles a la política de financiamiento militar pensada por el gran ministro Felipe IV y las rebeliones de Portugal y Cataluña, que lo obligaron a pelear en dos frentes al mismo tiempo.

Ese orden destartalado, amasijo multiforme de reinos, ducados, ciudades y condados que debían rendirle pleitesía al Emperador, aunque en la práctica desarrollaban su política fluctuante entre la subordinación al sucesor Carlomagno y sus propios intereses, ponía al descubierto que la corona imperial no podía llevar a práctica cuanto reivindicaba como su empresa por excelencia: la forja de un sistema político continental que consagrara la unidad bajo su tutela. Si Carlos V no había podido consumir semejante hazaña menos podría hacerlo Fernando con el concurso de una monarquía española que, poderosa y todo, era una sombra comparada con la del nacido en Gante y la de su hijo Felipe II. Haberse dado cuenta de esta evidencia, que a muchos les parecía imposible, hizo que Richelieu apostara a convalidar un sistema basado en el *equilibrio de poderes* hacia afuera y *en la razón de estado* hacia adentro del reino. Fundamentó su política exterior no sobre la idea de la monarquía universal o la unidad religiosa sino sobre pilares que no requerían de andadores teológicos para asumir su mayoría de edad. Y en tamaña empresa demostró una clarividencia fuera de serie.

Lo notable del caso es que haya sido un cardenal católico, cuya vocación religiosa y estado sacerdotal nunca resultaron accesorios en su vida, el que pusiera los cimientos de esta verdadera revolución cuyo afianzamiento definitivo llegó seis años después de su muerte, cuando se firmó, en 1648, la Paz de Westfalia. Había sonado la hora de los estado-nación y resultaba lógico que si tal era el nuevo instrumento creado para ordenar el espacio político, naciera investido de un poder soberano, refractario a rendirle cuentas de sus acciones al Papado y al Imperio y dueño absoluto de sus actos. A diferencia de las formas de dominación despóticas, con las cuales se ha igualado al absolutismo sin demasiado rigor,

no se agotaba en la frase famosa, atribuida al Rey Sol: “El Estado soy yo”. Cualquier análisis respecto de su naturaleza quedaría manco si no se hiciese entrar en escena a otra frase, gemela de aquella, que rezaba así: “El Rey en sus consejos, el pueblo en sus cortes”.

Richelieu sirvió al *Dios Mortal* con una constancia y una dedicación únicas, sin que pueda acusársele de haber, siquiera una vez, abandonado la misión a la que se consagró desde 1624 hasta su deceso. Con el visto bueno de Luis XIII se manejó como un virtual dictador que no se detuvo ni ante la reina madre, el hermano de su soberano o los príncipes de sangre a la hora de aplicar una justicia tan dura y aun despiadada como exenta, en general, de ira u odio. Entre 1626 y 1642 se ejecutó en Francia a una cantidad de nobles como pocas veces antes y nunca después, hasta la revolución regicida. Esas muertes y, en especial, la de Montmorency, representaron otras tantas victorias de la monarquía francesa sobre las aspiraciones de poder de la nobleza. Odiosas, sin duda, cimentaron el absolutismo que en vano anheló consolidar en Inglaterra Carlos I.

Sobre el particular los historiadores han cargado en demasía las tintas en contra del cardenal y pasado por alto y disculpado las responsabilidades de Luis XIII. Mas por sólida que fuera la autoridad de Richelieu, nunca hubiera podido tomar la decisión de mandar al cadalso a nobles cargados de tantos blasones. Eso era algo que sólo podía acometerse con el respaldo del monarca. Quien decidía en última instancia era Luis. De modo tal que no debe perderse de vista el abismo que existía entre el poder de uno y otro.

Hilarie Belloc, en su biografía del cardenal, comparó a Richelieu con Bismarck, apuntando que si Plutarco reviviese no hallaría en el mundo moderno unas vidas paralelas como las suyas. Viene a cuento la cita porque sus trayectorias parecen calcadas no solo como celosos custodios del Estado sino también como culto-

res –quizá los más notables– del realismo político convertido en paradigma, en dos épocas de ancho trote histórico.

Hay pocos ejemplos arquetípicos del vínculo tejido entre soberanos que, sin abdicar su autoridad, hayan delegado el ejercicio de la política en primeros ministros cuya importancia terminó por eclipsar la suya. La compenetración de Luis XIII y el cardenal de Richelieu es solo comparable a la de Guillermo I y Otto Von Bismarck. Si bien de ambos reyes puede decirse que acertaron en la elección de sus colaboradores, los hombres sobresalientes resultaron, en ambos casos, los subordinados y no los soberanos. El poder de Richelieu y el de Bismarck tuvo siempre algo de vicario, o, si se prefiere, de bien *prestado* por quienes con un solo gesto hubieran podido despedirlos sin darles explicación alguna. Que ello no sucediese revela hasta donde esa relación, labrada en un común interés por la *salus publicae*, era blindada. Al respecto, la frase terminante de Voltaire sobre el cardenal –“no le faltaba más que la corona”– pecaba por exceso. No había posibilidad de pensar en diarquías. Compartieron el poder no porque fuera divisible sino por la voluntad regia de los soberanos.

El cardenal elevó a topes inéditos la *razón de estado* en una época donde todavía regían –sobre todo en la Europa cristiana– principios comunes de comportamiento político. No distinto fue el realismo del prusiano. Si su ideal, en el manejo de la política exterior, era “la ausencia de perjuicios”, parece lógico que confesara aquello de “soy leal a mi príncipe, pero no a los extranjeros”. Conservador en su país, nada le impidió, cuando hizo falta, secundar los planes revolucionarios húngaros contra la monarquía austríaca o preferir a los socialistas y no a los reaccionarios en el mando de la Tercera República gala.

Los objetivos de Richelieu no pudieron ser más claros: Francia en el Rin; la conquista de las llamadas fronteras naturales; la desunión germana y la derrota del imperio y de España. El hecho de que sus imprescindibles aliados exteriores, los protestantes,

fuesen a la vez sus principales enemigos internos, podía resultar una paradoja, nunca una aporía o una contradicción. Bismarck, de su lado, entrevió desde un primer momento que toda acción necesitaba subordinarse a “la autonomía de la Nación y de sus soberanos”. Fue más prusiano que conservador, de la misma manera que Richelieu más francés que católico obediente. Lo que hizo aquel desde que le fue otorgada la jefatura de gobierno, hasta su despedida de la *Wilhelmstrasse*, tuvo un fin inequívoco: consolidar la grandeza de Prusia y de Alemania en ese orden. El también, a semejanza del cardenal, se valió de facultades extraordinarias, al punto de que el embajador británico ante la corte de *Sansouci* lo calificó de “dictador”.

El cardenal de Richelieu, como Otto Von Bismarck, dejaron atrás suyo mundos radicalmente diferentes de los que habían encontrado al instante de tomar en sus manos el timón estatal. Su vida, sucesión vertiginosa de triunfos forjados al través de la astucia y de la fuerza; de la inteligencia y la discrecionalidad; del genio estratégico y el toque de suerte; del realismo llevado a sus extremos y la recusación de cualquier tentación romántica aplicada a los asuntos públicos, no tuvo desperdicio. Pensaban de manera idéntica con referencia a los medios indispensables para consumir los fines políticos que se habían propuesto. Enseñaba el ministro de Luis XIII a “... contestar a las preguntas de manera que, evitando el descrédito que sigue a la mentira (descubierta), se eviten también los peligros de decir la verdad...”. En el mismo sentido acotaba, dos siglos más tarde, el canciller de Guillermo I: “Si no puedo mentir, no puedo hacer política”.

Personaje de la Contrarreforma y del Barroco a Richelieu le cuadra mejor el retrato a caballo, pintado por el jansenista Felipe de Champaigne, donde cardenal y mariscal se confunden, que el despiadado y fantasioso de Alejandro Dumas. Es que esa tela en clave ecuestre muestra, por igual, al servidor del Dios de los Evangelios y al guardián del *Dios Mortal*.